

# acta sociológica

Gayet-Viaud, Carole

Civilidad social y felicidad del encuentro urbano. Las figuras del "viejito" y del "bebé".

Acta Sociológica, núm. 55, mayo-agosto, 2011, pp. 55-76

Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras>



*Acta Sociológica*

ISSN (Versión impresa) 0186-6028

Centro de estudios Sociológicos, FCPyS, UNAM

Edificio "E" 1er piso, C.U. México D. F.

Teléfonos. 56229414 y 56229415

[actasociologica@mail.politicas.unam.mx](mailto:actasociologica@mail.politicas.unam.mx)

Carole Gayet-Viaud es investigadora del Centro de Estudio de los Movimientos Sociales (CEMS) de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (EHESS). Profesora asociada de la Escuela Nacional Superior de Arquitectura de Paris La Villette (ENSAPLV).  
Correo electrónico: [carole\\_gayet@yahoo.fr](mailto:carole_gayet@yahoo.fr)

**Publicaciones del Centro de Estudios Sociológicos - FCPyS**

[http://www.politicas.unam.mx/carreras/ces/rev\\_actasociologica.php](http://www.politicas.unam.mx/carreras/ces/rev_actasociologica.php)

[www.revistas.unam.mx](http://www.revistas.unam.mx)

Universidad Nacional Autónoma de México, Secretaría General, Torre de Rectoría, piso 7, México D.F. Del. Coyoacán, C.P. 04510.  
Todos los derechos reservados 2011.

Esta página puede ser reproducida con fines no lucrativos, siempre y cuando no se multa, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.  
De otra forma requiere permiso previo por escrito de la institución.

# CIVILIDAD SOCIAL Y FELICIDAD DEL ENCUENTRO URBANO

## LAS FIGURAS DEL “VIEJITO” Y DEL “BEBÉ”

### ***Social civility and happiness of urban meeting. The figures of the “old man” and “baby”***

**Carole Gayet-Viaud**

#### **Resumen**

La sociabilidad urbana fue durante mucho tiempo, y todavía hoy en día lo es, pensada de una manera negativa: ella es presentada en oposición a los espacios de inter-reconocimiento, a su inscripción en el tiempo, a su capacidad a poner en juego la singularidad de las personas. Debido a dicha comparación a todas luces desfavorable, las relaciones furtivas entre individuos anónimos son asociadas con todo aquello que la sociabilidad presenta como lo más factual: la superficialidad evidente de los “códigos”. El presente artículo, producto de una investigación etnográfica realizada en la región de París,<sup>1</sup> propone reconsiderar esta perspectiva, con la finalidad de intentar identificar la positividad de los vínculos ligeros en la ciudad. La investigación se focaliza en aquellas situaciones en las que se manifiesta una apertura espontánea hacia los otros, un acercamiento en el que se dan ciertas formas de reconocimiento desinteresado, irreductibles a la salvaguarda de la faz o a la instrumentalización de los lugares o de las personas.

**Palabras clave:** Civilidad, interaccionismo, tipificación, espacio público, encuentro urbano.

#### **Abstract**

The urban social interaction was for long time –and it still is– thought in a negative way: it is often defined as opposed to the social spaces of inter-recognition, to the long-standing enrollment of it in time, or to its capacity of setting at play the distinctiveness of individuals. By such a great un-

---

<sup>1</sup> C. Gayet-Viaud, *L'égard et la règle. Déboires et bonheurs de la civilité urbaine*. Doctorat, EHESS, Paris, 2008. Tesis realizada bajo la dirección de Alain Cottureau. Un libro producto de esta tesis aparecerá próximamente: *La civilité urbaine. Enquête sur les mœurs démocratiques*. Paris, Economica, 2011.

favorable comparison, the fleeting relationships among anonymous individuals are linked with all of social relations representing the most factual things: the self-apparent evidence of the “codes”. This article, a by-product of an ethnographic research carried out in Paris, proposes to reconsider this perspective in order to try to identify the ephemeral social relationships’ worth of the city. The research focuses on those situations where spontaneous openness to the others is demonstrated, being this a set of close relationship where certain ways of disinterested recognition are present, which cannot be reduced to safeguard individual’s face neither to instrumentality of places or individuals.

**Key words:** Civility, interaction, categorization, public space, urban meeting.

**E**n los espacios urbanos, las conductas verbales y no verbales se orientan constantemente a partir de un trabajo de categorización del otro (o al menos de su acción), lo cual permite un ajuste mutuo y constante de los comportamientos, puesto al servicio no sólo de una funcionalidad (una secuencia fluida de acciones), sino también de una evaluación ética (una calificación de las acciones que las haga aparecer como buenas y no sólo como eficaces o adecuadas).<sup>2</sup> Dadas la temporalidad y la naturaleza intersticial de los espacios que definen su marco de existencia, el reencuentro urbano ocurre y se regula bajo las reglas de la observación rápida y de los decretos

<sup>2</sup>Dicha distinción no está exenta de controversia, ni tampoco se busca sólo señalar la importancia, a menudo olvidada, de ese segundo nivel de exigencias. No es sino cuando la “funcionalidad” que realiza se pone en juego una evaluación: las formas más materiales de organización están siempre afiliadas a concepciones políticas del espacio público. Así, es el caso de la exigencia de movilidad, la cual nos envía a la apreciación política de un derecho a la accesibilidad y a la circulación (Joseph, Isaac, *La passant considérable*, Paris, Librairie des Méridiens, 1984), y que hace de todo obstáculo a la circulación todo un acontecimiento susceptible de ser aprehendido como una cuestión de mal uso, o sea tanto como un disfuncionamiento como una falta.

Cfr., Breviglieri, Marc y Trom, Dany, “Troubles et tensions en milieu urbain: les épreuves citadines et habitantes de la ville” en Cefai, Daniel y Pasquier, Dominique, (Dirs.), *Le sens du public: publics politiques, publics médiatiques*, PUF, Paris, Centre Universitaire de Recherches Administratives et Politiques de Picardie, 2003, p. 399-418 y Stavo-Debauge, Joan, “L’indifférence du passant qui se meut, l’ancrage du résident qui s’émue” en Cefai, Daniel y Pasquier, Dominique, 2003.

apremiados por la urgencia práctica. Los encuentros son fugaces y aparecen más bien como “intercambios” que como “relaciones” para retomar la distinción weberiana: dichos encuentros están marcados por la casi-certitud que el primero será también el último. Es, pues, en la clasificación y en la evaluación someras de los otros que se juega nuestra propensión variable a mostrarnos más o menos condescendiente con ellos. ¿Debemos escucharlos?, ¿continuar con nuestro camino?, ¿responderles?, ¿hablarles?, ¿callarnos?, ¿entrometernos?, ¿ignorarlos?, ¿desviar la mirada?, ¿acelerar el paso?, ¿detenernos?, ¿desviarnos de la ruta?<sup>3</sup> Tantas alternativas minúsculas que se ponen en juego en las identificaciones de la situación y en la calificación del otro, las cuales no por el hecho de estar juntas en el mismo espacio que las repliega, son menos evidentes ni consistentes. Para comprender las variaciones en las formas del compromiso urbano y de la sociabilidad citadina ordinaria, se requiere de estudiar el trabajo de “tipificación” recíproca a la que los individuos se libran continuamente.

## La elaboración de las categorías

La cuestión de las categorías, tanto en filosofía como en sociología, es eminentemente compleja.<sup>4</sup> Hablaremos aquí de “tipificación” para enfatizar el cuidado, de inspiración fenomenológica, que tendremos para aprehender las categorías en su dinámica misma y en su modo de aparición en el mundo. En la perspectiva schutziana, de la que éste término ha sido prestado, la aprehensión de los objetos de la experiencia no está dissociada de la inscripción de los mismos en los contextos de sentido y de su posicionamiento en las “estructuras de pertinencia”. Es gracias al “despertar” o al “recuerdo” de las experiencias sedimentadas, que se realiza el pasaje de las tipologías ya constituidas hacia las nuevas tipificaciones.<sup>5</sup> Hurgando en las

<sup>3</sup> La expresión *debemos* se refiere a la evaluación de una buena conducta a observar, a la puesta en práctica de un deber y a la posibilidad, de un *tenemos* y de un *puedo*.

<sup>4</sup> Para un panorama crítico sobre la cuestión, desde su filiación filosófica hasta sus implicaciones en la sociología. Ver Fradin, B., Quéré, L., y Widmer, J, (Dir.), *L'enquête sur les catégories. De Durkheim à Sacks*, Editions de l'EHESS, Paris, 1994.

<sup>5</sup> Cfr. Cefaï, Daniel, “Type, trypicalité, typification. La perspective phénoménologique » en Fradin, Quéré, Widmer, *op. cit.*

reservas de experiencia constituidas a lo largo de la vida, la tipificación reduce la singularidad y la contingencia de las nuevas “configuraciones fenoménicas” encontradas. Los esquemas a cargo de la articulación de dichas reservas a las nuevas situaciones encontradas, proceden tanto a la reactivación de la *tipicidad* como a la promoción de una nueva tipificación. Dichos esquemas están siempre inacabados ya que

se mantienen aún en el movimiento de su génesis en la trayectoria biográfica del actor, murmurando experiencias pasadas, en las que éstos fueron inventados o aprendidos con el fin de resolver problemas prácticos, fecundando experiencias futuras, en las que serán a su vez reactivados para proponer soluciones novedosas.<sup>6</sup>

Así presentadas, las categorías jamás pre-existen por completo ni a su uso ni a su puesta en práctica en la vida cotidiana. Más bien, ellas son elaboradas por y a través de sus usos, gracias al trabajo de tipificación, el cual es capaz de reconocer y de definir al mismo tiempo, las pertinencias situadas, portadoras de evaluaciones. Es importante elucidar todo aquello que dichas pertinencias nos dicen con respecto a la materia social cuya existencia ellas retoman y organizan a la vez, en este caso la percepción de la edad y de las edades. Nuestro enfoque reposa en el postulado que “todos somos sociólogos en la práctica”.<sup>7</sup> Esto es, la tarea del sociólogo es de dar cuenta del trabajo interpretativo llevado a cabo por parte de los actores ordinarios. Es precisamente en esta exigencia balizada de interpretación del sentido de las prácticas en donde se inscribe el

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>7</sup> Según Schutz, *Collected Papers 2. Studies in social theory*, La Haye, Martinus-Nijhoff, 1932. El problema de la sociología y de las categorías que ella utiliza se presenta ya desde la esfera pre-científica, en el “mundo social vivido” el cual tiene un sentido para los actores, quienes lo pre-seleccionan y lo pre-interpretan a medida en que lo van experimentando. Los conceptos elaborados por el sociólogo deben entonces apoyarse en dichos juicios e interpretaciones, para formar conceptos de segundo grado, reproduciendo el esquema puesto en práctica por las reflexiones que los actores llevan a cabo en su propia vida cotidiana. No se trata de poner el sentido común y el discurso científico en el mismo nivel, sino de mostrar la analogía y la articulación que existen entre, por una parte, el movimiento de reflexividad natural de los individuos sobre sus propias acciones y, por otra parte, el trabajo del sociólogo que mira el mundo como un objeto sin por ello dejar de observarlo desde un lugar determinado (su estar-en-situación-científica).

presente trabajo. Las reflexiones siguientes se apoyan en una investigación etnográfica acerca de las prácticas ordinarias de cortesía entre desconocidos llevada a cabo en el espacio urbano parisino entre 2000 y 2005.<sup>8</sup>

## La edad en la sociabilidad urbana ordinaria

En el análisis de las interacciones urbanas, la edad aparece como un rasgo de la tipificación particularmente importante. En efecto, entre los tipos <sup>9</sup> que la observación etnográfica define con mayor nitidez se encuentran los individuos que Goffman identificó como portadores de un “estigma”. Justo “detrás” de ellos e incluso colocados en su extremo opuesto, se encuentran las personas que ocupan posiciones fuertemente polarizadas en la escala de las edades. Se trata de los más jóvenes y los más ancianos, que nosotros aprehendemos aquí bajo las figuras familiares del “viejito” y del “bebé”. Ambos aparecen

<sup>8</sup> Las notas de terreno fueron obtenidas a lo largo de varios años de investigación y representan un conjunto considerable de escenas de interacciones, a menudo furtivas y no verbales, pero que a veces se declinaban en ciertos casos (y en ciertos tipos de interacciones en particular) en momentos (o fragmentos) de diálogo. Fueron los intercambios que van desde las formas mínimas de civilidad, de solicitudes y de ayuda mutua, hasta las disputas, pasando por las formas de comunicación casi “encantadas”, los que retuvieron nuestra atención.

<sup>9</sup> Las diferenciaciones emergentes, como la edad, son el fruto de las focalizaciones producidas por la acción misma. Los criterios se dibujan a lo largo de las interacciones y producen su propia pertinencia efectiva en el seno de cada una de las situaciones en las que intervienen, sin que puedan ser tomados como indicadores que uno hubiera supuesto determinantes. Así, los tipos de sub-población que emergen en las interacciones son tipos definidos por las prácticas, las cuales mezclan y recortan en parte ciertas “variables” sociológicas clásicas, aunque también son formas más inesperadas y más específicas de categorización ligadas a la acción, como la categoría de “personas que telefonan” o aquella de “personas con maletas de ruedas”, las cuales pueden revelarse como preponderantes y transversales en relación con las tipologías más cercanas a las identidades sociales. El lector es invitado a considerar, como un punto de partida inherente a la práctica de la etnografía que hemos escogido aquí, la aprehensión de la población principalmente a partir de los rasgos que tiene en común y, secundariamente, la identificación de las diferenciaciones sociales bajo el sólo criterio de las conductas, a través de los parámetros de tipificación definidos por los usos (como la edad, el género, la etnia, pero también la velocidad de desplazamiento, el grado de estorbo, etcétera).

en la sociabilidad ordinaria como dos figuras aparte, al mismo tiempo que ambos permiten ordenar una serie de expectativas específicas y de conductas típicas. En comparación con la figura anónima del “fulano”, las figuras del “viejito” y del “bebé” parecen concitar una sociabilidad desprovista de preámbulos y casi “desinhibida”. Su tipicidad se localiza al extremo opuesto, cualitativamente hablando, de la sociabilidad que aparece en presencia del estigma.

El interés de estas dos figuras es doble, por una parte, ellas permiten especificar la percepción social de la edad, haciendo visibles las cualidades que comúnmente se atribuyen a las personas en relación con su edad, las cuales aparecen también como vectores que orientan las conductas que los demás adoptan frente a ellas. Al mismo tiempo, ellas hacen patente, por puro contraste, las cualidades medianas y “por defecto” de la edad mediana. Por la otra parte, su fuerte tipicidad permite comprender y completar el análisis de las interacciones sociales,<sup>10</sup> y de las interacciones urbanas en particular, organizado en torno a la noción de riesgo y al mismo tiempo, nos posibilita pasar de las consideraciones en torno a la inocuidad social para al fin abordar la cuestión de la identificación de los criterios de humanidad. Ello es posible debido a que esta tipicidad funda las características positivas atribuidas a las personas que permiten pensar no sólo en el riesgo, sino también en la amabilidad, en el sentido fuerte de las personas, incluyendo las desconocidas.

Un primer nivel de interpretación de la simpatía que suscitan tanto los ancianos como los bebés puede consistir en la definición de las edades extremas haciendo referencia a su fragilidad. En efecto, los bebés al igual que los viejitos no “matan ni una mosca”. Sus rasgos típicos aparecen desde el principio como signos de la ausencia de riesgos<sup>11</sup> en la relación con el otro. Su sociabilidad puede entonces estar ligada a lo poco amenazadores que aparecen ellos ante los

<sup>10</sup> Las descripciones que siguen tienen lugar en contextos propios a la sociedad francesa contemporánea y al espacio urbano parisino, o sea en una sociedad pacificada, en la que las seguridades fundamentales son garantizadas y proveen a la confianza ordinaria del ciudadano de un sustrato duro y seguro. Es importante entonces tener en cuenta la inscripción de las situaciones relatadas en el contexto así balizado.

<sup>11</sup> Hay que tomar la noción de “riesgo” en un sentido largo, como lo estableció Goffman en sus análisis del equilibrio interaccionista y de los diferentes tipos de “alertas” que intervienen cuando el orden de las situaciones se encuentra amenazado (Ver el capítulo consagrado a las “Apariencias normales” en el segundo volumen de *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Goffman E., 1973).

ojos de los demás. Así uno puede relacionarse con el otro de manera inversamente proporcional al riesgo percibido. La facilidad con la que se tiene acceso a los bebés y a los “viejitos” sería entonces permitida por una especie de disminución del “freno de contacto” activado plenamente en presencia de los individuos medios. Sin embargo, esta interpretación deja en la sombra todas aquéllas razones realmente positivas derivadas del contacto y del intercambio. Además ella no explica suficientemente lo que motiva en primer lugar el impulso activo de ir hacia el otro. Si se entiende que la vulnerabilidad del otro reduce el temor y las ganas de huir, lo que necesitamos es explicar por qué ella puede también atraer a los demás y bajo qué condiciones.

## **Sentido y valor de la vulnerabilidad de las personas en las relaciones sociales**

Si es posible imaginar por qué uno no se siente inclinado a desconfiar de un anciano y todavía menos de un bebé (a menos que se tenga que viajar muchas horas a su lado), ello no explica sino de manera parcial bajo qué condiciones se siente uno autorizado e incluso irreprehensiblemente arrobado, ante la vista de un “ser pequeño” y por lo que éste despide. ¿Por qué siente uno la necesidad de voltear a verlo, de ofrecerse a él y de mirarlo, de buscar su reconocimiento y demostrarle que uno también lo reconoce? La ambigüedad de la noción de vulnerabilidad es importante aquí (mucho más que inocuidad), la vulnerabilidad también quiere decir, y de manera más profunda tal vez, inocencia en su forma primaria y en su innegable sinceridad.

Para abrir un cuestionamiento en esta dirección, comencemos por subrayar que la vulnerabilidad de la persona, de su faz y por consiguiente de la experiencia social es un tema presente e incluso central en los análisis goffmanianos. Así uno descubre, en una declinación descriptiva rica, cómo el drama social se juega en una puesta a prueba constante del orden de los lugares y del principio de cooperación que le subyace al punto que las actividades sociales son abordadas con el cuidado constante de atenuar esta vulnerabilidad.<sup>12</sup> Así lo muestran las palabras siguientes de Isaac

<sup>12</sup> Joseph, Isaac, “Erving Goffman et le problème des convictions” en Joseph, Isaac, Castel, Robert, Quééré, Louis, *et al.*, *Le parler frais d’Erving Goffman*, Editions du Minuit, Collections “arguments”, 1989.

Joseph en torno al análisis gofmanniano de dicha vulnerabilidad como un elemento esencial en la comprensión de la acción social.

Nuestras vulnerabilidades rituales (aquello que nos es arrancado como una dificultad) son también nuestros recursos virtuales (aquello que podemos ofrecer). Una situación es vulnerable no sólo por el marco en el que se desarrolla sino también por el hecho que ella saca a escena los rostros. Nuestros rostros son vulnerables y susceptibles de traicionarnos o al menos de situarnos en una escala de traiciones. Es gracias a ellos que una situación es siempre más o menos una situación clave (para retomar la fórmula de J. Gumperz) que trata de las personas y de sus posibilidades. Es frente a sus rostros que los protagonistas suben la guardia como si estuvieran enfrente del lugar del “reconocimiento inmediato”.<sup>13</sup>

La vulnerabilidad trata de rostros más que de faces y sin embargo, en el caso de Goffman, esta vulnerabilidad se ve inmediatamente rebajada a su sucedáneo, la “faz”. Es precisamente esta última la que se encarga de la primera, sobre todo en el orden de la interacción en el que opera como una simple función, la de mantener la fachada, la suya propia y la del otro, y todo en el nombre de la vulnerabilidad. Sin embargo, ésta última no puede seguir siendo pensada por fuera de las amenazas que pesan sobre ella. Si la dimensión de la vulnerabilidad no está completamente ausente de la teorización gofmaniana, ella sufre ciertamente de una negligencia, debido al interés que Goffman otorga a todo aquello que pueda desequilibrar o amenazar los encuentros o las situaciones.<sup>14</sup> La cuestión de la sacralización de la “fachada” deja ver una cierta aprehensión ética de la sociabilidad, pero ésta aparece de manera inacabada en lo concerniente a sus implicaciones. Así, el tema del “desequilibrio feliz” no es realmente abordado en su totalidad: el nivel máximo de felicidad en las interacciones parece derivar de una

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>14</sup> En la sociología de Goffman, como lo recuerda Isaac Joseph “la escena primitiva de la sociología, es el contacto mixto, el cara a cara embarazoso: con la víctima en ‘Cooling the Mark out’, con el estigma, con el loco. Cada vez, el actor es un cooperador ocasional, implicado en estructuras problemáticas y obligado de movilizar sus recursos para hacer frente a las circunstancias (...)”. Joseph I., *op. cit.*, p. 118.

especie de actitud de “no molestar” que no termina de convertirse en un verdadero “molestar bienvenido”.<sup>15</sup>

La vulnerabilidad, tanto de las situaciones como de las fases, no remite a una simple y pura negatividad. Es más, es posible identificar en esa porción congruente de la vulnerabilidad, algo de la positividad de los intercambios sociales que ella comporta o que son invocados en el momento en que uno pone atención a todo aquello que desborda las estrategias goffmanianas de prevención de riesgos. El cuestionamiento de la vulnerabilidad en sus dimensiones positivas tal y como se dejan ver en las figuras del “viejito” y del “bebé”, requiere que abramos una vía complementaria de análisis para pensar en la tipificación del otro de una manera distinta al simple juego estratégico, defensivo o instrumental. Si las figuras del “viejito” y del “bebé” se dejan ver primeramente en su naturaleza excéntrica en común, un segundo nivel de análisis se impone, lo que debe permitir distinguirlos en su propia especificidad.

## **El hablar mucho para no decir nada del “viejito”**

La modernidad de las sociedades occidentales ha estado marcada por la emergencia de un espacio público definido por su separación de la esfera privada.<sup>16</sup> Dicha dicotomía ha permitido el desplazamiento de los lugares de pertinencia y de legitimidad, conduciendo a la politización de las cuestiones consideradas anteriormente como privadas, o al revés, relegando a la esfera íntima un buen número de prácticas, de bienes y de cualidades antiguamente definidas como públicas. Es este segundo movimiento el que ha sido estudiado por Richard Sennet quien ha ilustrado de manera remarcable varias de las modalidades del repliegue de las formas de sociabilidad en la esfera privada.<sup>17</sup> A contrapelo de los modelos sociales heredados de los salones del Antiguo Régimen en los cuales

<sup>15</sup> La expresión me vino de una conversación con Joan Stavo-Debaugé, a quien agradezco sus comentarios siempre preciosos.

<sup>16</sup> Cottureau, Alain, “Esprit public est capacité de juger. La stabilisation d'un espace public en France aux lendemains de la Révolution” in Cottureau, Alain y Ladrière, Paul, (Dir.), Pouvoir et légitimité. Figures de l'espace public, Paris, Editions de l'EHESS (Raisons pratiques 5).

<sup>17</sup> Sennet, Richard, *Les tyrannies de l'intimité*, Paris, Editions du Seuil, 1979. (Traducción en español, *El declive del hombre público*, Península, Barcelona).

domina la figura del *hombre honesto*, el hombre público por excelencia, parece que hoy en día la conversación, paradigma de la sociabilidad, se ha retirado de la esfera pública, para concentrarse en los círculos familiares y reservarse a las relaciones cercanas y duraderas en las que la confianza y la sinceridad son aún posibles. Sennett denuncia con fuerza la búsqueda obsesiva de la autenticidad que es el reverso de la moneda de este repliegue sobre lo íntimo. Sus análisis abren la vía, por contraste, para una reflexión que ofrece a la “mundanidad”, hoy en día fuertemente devaluada, una consistencia perdida, que le permite sobrepasar la superficialidad y la hipocresía que resumen en la actualidad las relaciones públicas. Ellos nos permiten identificar la cualidad intrínseca de las pruebas públicas de sociabilidad propias a la mundanidad y nos posibilita vislumbrar el valor que conlleva el horizonte que ella dibuja: el de un tipo de comodidad posible entre personas por fuera de toda intimidad, es decir un horizonte propiamente social.

¿Qué podemos pensar de esta posibilidad que tiene el “viejito” de dirigirse a todo el mundo y de “hablarle y hablarle para no decirle nada”? La existencia misma de dicha prerrogativa parece saltarse alegremente dos prohibiciones a cualquiera que quiera entablar una conversación en público: la ausencia de motivos válidos y el dejar libre curso a la espontaneidad (como si fuera un impulso irresistible hacia el otro). Aún en el caso del “viejito”, el “hablar mucho sin decir nada” se encuentra más bien encuadrado. Uno no detiene a cualquier persona en la calle para hablarle del clima, incluso si uno es un “viejito”. Sin embargo, es posible para un anciano, sacar provecho de una comunidad de situación (en la parada del autobús, en un paseo, en un autobús, en la fila de espera) para entablar una conversación. Se trata para él tanto de producir como de postular un embrión de comunidad, comentando con sus vecinos la vida y el estado del tiempo, la conducta del chofer, la manera que tienen las personas de hablar fuerte, o el hecho que las personas se empujen.

Si uno se atiene a la visión goffaniana, debemos considerar el “hablar mucho para no decir nada” sólo bajo el aspecto de su función fáctica e instrumental, como una especie de habladería que, en la parada del autobús, enfrente de un ascensor o en la máquina de café, se impone a dos desconocidos que conviven de cerca. El silencio que puede pesar o que puede sugerir una distancia embarazosa, representa un horizonte temible que cada quien se esfuerza en conjurar, hablando de todo y de nada.

Las maneras de invitarnos a dar nuestra opinión, propia de los “viejitos”, nada tienen que ver con esas preocupaciones. Ellas

surgen y se presentan primeramente como una irrupción irrefrenable de unas ganas de hablar. La oportunidad que ofrece la presencia pasajera de tal o tal persona, a la apariencia abordable, no puede entonces confundirse con un obstáculo inherente a la situación sino que debe pensarse como algo que abre las puertas a la actualización de la familiaridad. El movimiento espontáneo que lleva al “viejito” a hablarle a quien sea, y que obtiene en reciprocidad la buena voluntad de aceptar su palabra (y las conversaciones pueden extenderse a veces por largo tiempo), muestra la existencia de criterios positivos de aproximación al otro. Al mismo tiempo que regula la interacción en público, la indiferencia civil postula como *a priori* la inexistencia de un motor que anime la entrada en contacto entre desconocidos y subordina el abordaje del otro en público a la existencia y la utilización de una especie de “ticket de entrada”<sup>18</sup> que funciona como pretexto o, al menos, como estrategia para reparar un intercambio que se presenta como una intrusión o una transgresión de hecho.<sup>19</sup>

Esta autorización particular de la que beneficia el “viejito” desborda por mucho la que puede tener por ejemplo el “fulano” y es por eso que debe ser elucidada y no dejada por sentada. El “fulano” emerge comparativamente como la figura indeterminada, indistinta, todavía en el estado de masa y de movimiento sin rostro, sin identificar y sin tipificar y que puede quedarse en ese estado indeterminado si nadie se toma el tiempo de detenerse y verificarla. Es la figura media, tal y como aparece en el contraste con las figuras más excéntricas como las que nos ocupan aquí. Es el hombre medio, de clase media, de

<sup>18</sup> Relieu, M, “Voir et se mouvoir en marchant dans la ville”, *Le courrier du CNRS*, núm. 82, p. 107-109.

<sup>19</sup>El enfoque goffmaniano, el cual es hoy una referencia en cuanto a dichos objetos, conlleva un cierto reduccionismo debido a su focalización en el orden de las interacciones y en el imperativo de equilibrio, el cual produce un efecto de homogeneización entre, de un lado, las relaciones satisfactorias y, del otro lado, las relaciones sin incidentes. Lo que hace es nivelar por abajo, en una especie de grado cero del mantenimiento del orden, los encuentros felices (ocultando las razones y las condiciones mismas de dicha felicidad) y la ausencia pura y simple de encuentro, por el hecho de no pensar las primeras sino como formas exitosas de relación cuyo éxito es producto de la ausencia de molestia, de malestar o más generalmente de la ausencia de daños. Este enfoque puramente negativo y binario de la sociabilidad ordinaria nutre una comprensión de los compromisos urbanos bajo el simple aspecto del “riesgo”. Lo que se puede decir es que ciertas prácticas y figuras observables invitan a cuestionar la reducción de inspiración etnológica que sostiene dicho presupuesto teórico.

edad media, que se viste de manera lo suficientemente media como para que no se le distinga nada de él, que camina a la velocidad de marcha media y que tiene siempre un comportamiento medio y que finalmente ese carácter medio termina siendo, en última instancia, definido por el gesto mismo de mantenerse a distancia, en repliegue... Es el “tipo”, el “hombre de la calle”, suponiendo que él existe verdaderamente, quien constituye entonces el patrón relacional de Goffman: él es, en el mejor de los casos, un compañero de juego (interaccionista, teatral) y, en el peor de los casos, un contrincante (en las relaciones estratégicas). Tal vez encontremos en esta igualdad difusa o equivalencia, portadora de indistinción y de competencia, el fundamento de una figura posible del alter ego.<sup>20</sup>

Al gratificar al que lo quiera oír con sus comentarios y sus remarques, con sus llamados a la convivencia y a la charla, el “viejito” llega a las personas y da placer verlo. A veces puede llegar a ser desesperante, pero en ese caso incluso, es raro que uno se preocupe de corregirlo o de pararlo. En esos casos, el placer puede dejar su lugar a la indulgencia. Pero la tipicidad positiva de los ancianos no es gratuita ni unívoca: la evaluación positiva implica fuertes expectativas que pueden, en el caso de ser rotas, desencadenar rencores y deseos de sanción.

En una parada de autobús, a la estación parisina de San Lázaro, al momento de subir al *bus*, una decena de personas se apremian frente a la puerta esperando el momento de acceder. Cuando éste llega, las personas se entremeten unas detrás de otras, pero una mujer anciana interrumpe el ritmo del grupo al empujar con los codos para avanzar más rápido y pasar antes que los demás. En un momento dado, ella empuja con fuerza a un hombre de unos cuarenta años que le empuja con exasperación “¡Pero claro, claro, está bien, pásele, pásele, de todas maneras yo la iba a dejar pasar, no tiene porque andar empujando a los demás ni pasar por la fuerza!”

Una estudiante coreana me cuenta una mala experiencia que le aconteció en el autobús. “Yo estaba sentada y una anciana llega con su carta (de adulto anciano que le permite tener prioridad en los

<sup>20</sup> La mujer mediana puede ser incluida en esta categoría, a menos que ella no esté encinta (en ese caso las consideraciones que se le hacen son más bien por cuenta del bebé, lo que la toca por el hecho que ella es portadora del mismo, y que por ende se ve aureolada de esta especie de gracia que vuelve visible en ciertas personas su parte de humanidad).

asientos de autobús), y me la pone en la cara bruscamente y yo que le hubiera dejado mi lugar de todos modos, pero no tuve el tiempo de proponérselo. Cuando llegó, me mostró su credencial sin decirme nada, sólo después me dice “por fa...” pero así de manera brusca, nada gentil y sin dejar de mirarme. Fue horrible, no sabía qué hacer ni qué decir, estaba impactada”.

Cuando los ancianos tan típicamente encantadores se meten en una relación de competencia con los demás, las situaciones pueden fácilmente llenarse de tensión y transformarse en algo amargo. Así, es el caso de las cortesías arrancadas o solicitadas de manera brusca y con un tono hosco, lo que presupone una cierta hostilidad y que parecen representar el ejemplo último y el “colmo” de lo inaceptable de parte de un anciano. Al contrario, parece que las expectativas en dirección del “viejito” se apoyan en el hecho de considerarlo supuestamente “fuera de juego”, situación tal que lo predispondría necesariamente a dar muestras de una bienaventuranza y de una paciencia sin límites, en la medida en que él se sustrae a la competencia ordinaria de las personas prisioneras de la vida y de sus urgencias.

Así, cuando, lejos de mirarnos desde su atalaya, en la que debiera quedarse cultivando una distancia simpática y una condescendencia benévola (o sea lejos o cerca de nosotros pero nunca estorbando nuestro camino), es él quien nos empuja para pasar primero que nosotros. En ese caso surge el escándalo, peor aún, el desasosiego: “nos da miedo”.

## **El llamado del bebé a un reconocimiento sin reservas**

Cuando un bebé cruza su ruta, la mayor parte de las personas no pueden impedirse el mirarlo, sonreírle, hablarle, es decir, abordarlo. Nada hay de más natural: el bebé es espontáneamente sociable y todo aquél que responda de esta cualidad de la que él aparece como detentor, no puede ser imputado de tener segundas intenciones ni malos pensamientos.

La comunidad así invocada no presenta ninguna duda y aparece de inmediato como algo intrínsecamente compartido. El bebé emerge desde el principio como provisto de una accesibilidad generosa. Es considerado, aunque sea visto como extraño, como un ser próximo y familiar. Saluda indistintamente a quien lo mira, sonríe la mayor parte del tiempo a quien le dirige una sonrisa. Es totalmente un “bien

público”.<sup>21</sup> La relación con él se efectúa en una transitividad en la que se reencuentran la justicia y la justeza, las cuales se supone, son con dificultad alcanzadas en las relaciones entre individuos socializados.

La sonrisa o el interés que el bebé concita (buscamos su cara y nos mostramos visibles ante él una vez que notamos su presencia) provienen de un impulso no modulado aún por la anticipación de una respuesta. No es el producto de una anticipación “en segunda persona”,<sup>22</sup> sino el fruto de una espontaneidad que no por ser impulsiva es menos razonable. La sonrisa hecha al bebé proviene de un “yo” que se obsequia a quien la hace incluso antes de ser propiamente interpelado, y que por ende desborda a quien la porta. Detrás del humilde acto de abandonarse al placer del reencuentro, es posible leer y encontrar la sorpresa en los rostros de una anciana enternecida, de un adolescente adulado, de una joven mujer emocionada, de un viejo obrero agotado pero contento, de un hombre seducido, etc. En el caso de una persona que se dirige hacia un bebé para sonreírle, la intención ni se cuestiona siquiera. El primer gesto, el amago de una sonrisa, o la búsqueda del rostro y de la mirada, no pueden ser discernidos a partir de las intenciones. Señalan más bien la percepción de una belleza que es ella misma la transcripción de un reconocimiento auténtico.

Es sin duda, esta irreductible sinceridad en el impulso, la que hace posible, en un segundo momento, las autorizaciones, las audacias y los arreglos específicos en las civilidades que se permiten y se ponen en práctica en presencia de un bebé. El grado de humanidad de la persona que mira al bebé y se dirige a él plena de consideraciones aparece, de entrada, en la atención que dicha persona porta hacia él infante y de la que, por un momento de pura reciprocidad, ésta es merecedora, desbordando por ende los criterios

<sup>21</sup>Al contrario, las excepciones a la regla se revelan como costosas para quien paga las consecuencias: pensemos por ejemplo en las vejaciones crueles creadas por los casos eventuales de rechazo de una persona por parte de un bebé (la persona sonríe y el niño se pone enseguida a llorar, la cosa es ruda). La violencia proviene del hecho que el insulto parece irrefutable cuando viene de un tal individuo, cuyo miedo lastima una autoestima definida estéticamente, pero también puede alcanzar sin duda una dimensión ética en la que el reconocimiento fracasa.

<sup>22</sup> La fórmula es de Ogien, Albert, “Le remède de Goffman ou comment se débarrasser de la notion de self”, en *Séminaire Cesames, Le mental, le vivant, le social*, 20 enero de 2005.

de conductas a mantener en público por parte de un personaje o de una faz. A partir de ahí, la madre o el acompañante del menor, tolera y se muestra indulgente frente a los gestos supuestamente intrusivos y a las palabras –que pueden parecer fuera de lugar– de los desconocidos que le hablan. Ello debido a que la palabra que los otros le dirigen a ella, en segundo lugar, está soportada y mediada por el bebé, quien por puro efecto de rebote, es quien realmente sostiene la relación, más que al revés. El motor del abordaje es suficientemente fuerte como para que las personas así encontradas “se permitan” dirigirse de manera espontánea al niño, tocarlo, manosearlo, incluso darle algunos consejos a la madre sobre la mejor manera de criarlo.

En un supermercado (equipado con aire acondicionado), al principio del verano, una joven madre entra con su pequeñito hijo en un porta-bebés (o sea con el bebé orientado hacia los demás, antes que hacia la propia madre). Una mujer de unos 40 años se acerca a ellos, en sentido inverso de frente, justo en el momento en que la madre toma la canasta para hacer las compras. La mujer ve a distancia el bebé y busca su cara a medida en que se va acercando (mueve la cabeza para buscar la mirada de la pequeña niña).

En el momento en que la mirada de ésta parece corresponder, la mujer hace una serie de pequeños gestos y de sonrisas al bebé. Ahora, justo al lado de la niña, un gesto acompaña y prolonga esos preliminares, tantea el brazo regordete y después acaricia la mejilla del bebé, todo acompañado de un “¡Buenos Días! ¿Sabes que eres muy bonito? Y ¡qué gracioso además! ¿Cómo te llamas?”. E inmediatamente se dirige a la madre que se interrumpe y se detiene un poco contrariada y forzada, pero contenta, para dar lugar al encuentro: “Está muy bonito, ¿Qué edad tiene?”

– Es una niña, tiene cuatro meses. Se llama Nina.

– Ahhh, ¡qué bien! ¡qué bien! Buenos días Nina.

(Después de tocar esta vez el muslo semi-desnudo del bebé)

No debería quedarse mucho tiempo, ¡hace frío por aquí eh y no está muy cubierta que digamos eh!

(Y la madre un poquito irritada)

– Sí, sí, tiene usted razón, de hecho no pienso estar mucho tiempo, no se apure. Pero ¡gracias! Bueno, mmmm, pues me apuro. ¡Hasta luego!

– Si, hasta luego...Y ¡Hasta luego tu, preciosa!

– Anda Nina, ¿No quieres decirle hasta luego a la dama? (Y es necesario esperar que el bebé –si bien incapaz de decir hasta

luego, y que al final termina gratificando a la dama con una última sonrisa— se haya dignado a interesarse al saludo y haya respondido en la medida de su capacidad, para que la interacción pueda cerrarse finalmente).

Cualquiera que haya tenido bajo su cargo a un bebé, y que lo haya paseado por la calle, puede hacer rápidamente la constatación de esta especie de sociabilidad característica. Las cosas comienzan a menudo por la intercepción de una mirada o de un gesto: es entonces que una interacción se produce por fuera y uno no puede sino pescarla al vuelo. Uno ve al bebé sonreír y hacer un gesto amigable de la mano en dirección de alguien o de algo que aún no hemos tenido tiempo de identificar. Siguiendo esa mirada, descubrimos entonces al final de ésta a una persona, también risueña, haciendo también un gesto con la mano, en una simetría perfecta, casi infantil, con el gesto del bebé. Entonces la persona despliega una sonrisa de una calidad tal que parecería totalmente bobalicona si no estuviera dirigida a un niño tan pequeño. Pero, en esa circunstancia, se obsequia como una sonrisa plena, alegre en su manera de darse, liberada de toda la seriedad que una cierta visión de la socialización hace pesar en las relaciones entre desconocidos.

En esas interacciones, el contacto es buscado por lo que es, sin que su propia legitimidad pueda ser cuestionada. La tolerancia habitual de las madres o de los acompañantes de los bebés resulta incomprensible si no se toma en cuenta que ella opera bajo la sumisión a una legitimidad superior y que parece fundada en la naturaleza misma del impulso que precede a la intrusión. Aquello a lo que se le hace reverencia requiere no sólo de un poco de indulgencia, sino también de placer. La amabilidad así suscitada y la autorización consentida, parecen relacionadas con un saber pre-deliberativo acerca de la naturaleza del gesto mismo: el desinterés percibido en el impulso atenúa el deseo eventual de mandar a volar al desconocido que se entromete.

Así, es más bien el bebé quien soporta la interacción y la inserta en un “marco” inédito. De ello es ejemplo el efecto de rebote con el que sus acompañantes son obsequiados: desde el punto de vista de la sociabilidad son los adultos quienes son transportados por el bebé, en lugar que sean éstos quienes lo lleven. De entrada, uno se interesa por el bebé y sólo en un segundo momento, uno saluda a la persona y despliega toda la panoplia de las civilidades abiertas por la consideración primera del niño. Quienes llevan al bebé se encuentran

como si estuvieran felizmente “contaminados” por el aura con la que éstos parecen impregnar el ambiente y por el candor benévolo que ellos inspiran. Son estas escenas las que hacen que uno sonría sin siquiera darse cuenta de hacerlo, a quienes se encuentran al origen de un tal espectáculo.

## La Humanidad en común

La atracción por los bebés o la simpatía que inspiran los viejitos no son cuestiones puramente estéticas: un bebé no fascina como lo puede hacer una puesta de sol; no emociona a la persona que lo mira de la misma manera. Lo que está en juego se refiere, sin embargo, a algo en común: la admiración (las felicitaciones y reproches que esta misma admiración autoriza) tiene más que ver con una sensación permitida por la reciprocidad incluida en la manera de mirar. Se trata de una capacidad para hablar en tercera persona del mismo que escucha o que mira.

Los bebés parecen portadores, mucho más quizás que los ancianos, de una carga simbólica que los hace una suerte de “bien público” y que lleva a su máxima expresión su “amabilidad”, la cual es ella misma una verdadera atracción. Hay algo en el bebé que parece estar haciendo eco a una especie de “antes de la caída”, a una anterioridad de las diferenciaciones sociales: su belleza no está en relación ni con su origen social, ni siquiera incluso con su género (de hecho uno se equivoca a menudo sobre su identidad sexual, a pesar de los esfuerzos denodados de los padres para utilizar de manera óptima la semiótica de los colores). Es quizás esta virginidad la que se vuelve un objeto propicio para la apropiación generalizada: el bebé no lleva todavía la huella de ninguna pertenencia y por eso aparece como una hoja blanca, una materia humana virgen sobre la cual cada quien puede reflejarse y con la que cada quien busca establecer un vínculo.

El viejito por su parte, es reconocido en un movimiento casi inversamente proporcional y sin duda mucho más exigente: no es sino a través de la acumulación de huellas, de marcas propias y de surcos singulares, de fragilidades que no son sino fuerzas ya perdidas, de torpezas que no son sino habilidades declinantes, de dignidades que no son sino formas de inocencia ya no originales sino últimas, tomadas del tiempo y de sus pruebas, que puede resurgir en él una figura de la humanidad desnuda, pura, ejemplar

puesto que está realizada, repleta de las experiencias que la formaron. El viejito ideal aparece entonces, ahí también, sin una real pertenencia social (lo que quiere tal vez decir que pertenece a una clase suficientemente “media” como para que su pobreza o su riqueza puedan ser borradas u olvidadas).

Al otro lado de las potencialidades con respecto al bebé, uno espera del viejito que sea su sabiduría la que le permita extraerse de las contingencias sociales. Son la curva de su espalda y las arrugas en su cara y manos, las que confirman su historia, obran constancia de una biografía en la que el paso de los años amplió la distancia con las pertenencias sociales secundarias, vividas y sobrepasadas. En los extremos, “con la edad”, parecería que se espera de lo humano que él retome sus derechos, que la unidad antropológica pueda reconquistar los bastiones formados por las divisiones sociales, para hacer madurar y llegar al hombre genérico, realizado, sabio, hospitalario. Pero las pertenencias sociales se mantienen mucho más expresadas en los más viejos que en los pequeños, aunque no sea más que a través de las “personalidades” en las cuales uno puede ver cómo las formas de la desconfianza dominan a las de la hospitalidad, como las afiliaciones “burguesas” dan más confort que la simple sabiduría a los últimos y frágiles años. La exigencia social que dibuja la tipicidad ideal del viejito se revela abrupta, y las posibilidades de su perfecta felicidad son menos seguras.

## **La vulnerabilidad humana**

En su manera de conjugar la belleza y la bondad, y por la benevolencia que dichas cualidades provocan, las figuras del bebé y del viejito esbozan una vulnerabilidad que desborda la aprehensión de las relaciones sociales a través del simple riesgo. Esas figuras, tanto en lo que uno puede leer en ellas como en lo que puede ser comprendido en los gestos que ellas provocan, revelan la importancia, sin embargo casi trivial, de una humanidad accesible. La atracción que ambas suscitan parecen intocadas por lo que Pascal llamaba “los pensamientos de detrás”, en un movimiento recíproco en el que los destinatarios (y/o sus acompañantes) no sabrían atreverse, a pesar del enfado que esas formas de familiaridad entre desconocidos puedan acarrear, a cuestionar la legitimidad de tales gestos. Esas figuras proponen un paradigma de la sociabilidad que no se resume a la defensa de los territorios individuales contra todo aquello que los pueda amenazar.

Así, la presencia de las edades extremas en la ciudad permite, mucho mejor que las edades más medianas, discernir las formas de sociabilidad que desbordan la civilidad estrecha de la evasiva tan cara a Goffman. Ponen en juego la cuestión del significado de las posibilidades de vivir juntos en la perspectiva de las relaciones intergeneracionales. Invitan a reconsiderar el sentido y el alcance de las civilidades en el espacio urbano: al situarse en las antípodas del principio de “no molestar” como condición de posibilidad de un espacio público democrático, dichos gestos de sociabilidad ordinaria pueden abrir un espacio de elaboración y de realización de formas primarias, elementarías del vivir-juntos. Más allá del “público” y de sus exigencias que amenazan todo el tiempo de apuntalarse en una simple salida, las relaciones entre las edades apuntan a una aspiración a la comunidad. Las “cualidades” morales esperadas de las personas son encarnadas y vueltas explícitas a la vez por la edad. Al hacer posible discernir las expectativas específicas que se le atañen. La caricia en la mejilla del bebé o la sonrisa dirigida al viejito exceden la cohabitación sin lastimar las diferencias, disueltas en una indiferencia civil generalizada. El tipo de felicidad en la interacción que las figuras del viejito y del bebé permiten ver lo que puede constituir un vínculo en común entre los paseantes en la ciudad, ese surplus que nutre y da consistencia a los lazos débiles de la civilidad urbana ordinaria.

Las figuras de los viejitos y del bebé parecen convocar tales formas, desinhibidas, de la sociabilidad. Su existencia y su manera particular de ocupar el terreno ameritan ser analizadas. Tanto una como la otra invitan a reflexionar sobre los resortes de la simpatía entre desconocidos, más allá de la ausencia de daños o de temor (y en ese sentido más allá de la inocuidad de la relación a la que uno otorga generalmente la prioridad). La sociabilidad confiable y benévola que ellas suscitan, invitan a repensar el sentido y la consistencia del vínculo civil, a distancia de lo que la teoría goffmaniana de los “ritos de la interacción” le asignó como función y como significación: la “salvaguarda de la faz”, instrumento y horizonte último de los intercambios, el cuidado en evitar los choques y la protección de los territorios privados en circulación. En contra la reducción de los espacios públicos a la simple distinción frente a las unidades privadas, en la defensa de sus territorios y en el cuidado en circular sin afectar al otro, el análisis de los resortes de la simpatía muestra la importancia de las percepciones y de las evaluaciones de lo que puede sostener, gracias a la coexistencia urbana, la participación y la orientación hacia un mundo común.

## Bibliografía

Breviglieri, Marc y Trom, Dany, "Troubles et tensions en milieu urbain: les épreuves citadines et habitantes de la ville" in Cefaï, Daniel y Pasquier, Dominique, (dirs.), *Le sens du public: publics politiques, publics médiatiques*, PUF, Centre Universitaire de recherches administratives et politiques de Picardie, Paris, 2003.

C. Gayet-Viaud, *L'égard et la règle. Déboires et bonheurs de la civilité urbaine*. Doctorat, EHESS, Paris, 2008. Tesis realizada bajo la dirección de Alain Cottureau.

Cefaï, Daniel y Pasquier, Dominique, (dirs.), *Le sens du public: publics politiques, publics médiatiques*, PUF, Centre Universitaire de Recherches Administratives et Politiques de Picardie, Paris, 2003.

Cefaï, Daniel, "Type, typicalité, typification. La perspective phénoménologique" en Fradin, B., Quéré, L., y Widmer, J, (dirs.), *L'enquête sur les catégories. De Durkheim à Sacks*, Editions de l'EHESS, Paris, 1994.

Cottureau, Alain y Ladrière, Paul, (dirs.), *Pouvoir et légitimité. Figures de l'espace public*, Editions de l'EHESS, Paris, (Raisons pratiques 5).

Cottureau, Alain, «Esprit public est capacité de juger. La stabilisation d'un espace public en France aux lendemains de la Révolution» en Cottureau, Alain y Ladrière, Paul, (dirs.), *Pouvoir et légitimité. Figures de l'espace public*, Editions de l'EHESS, Paris, (Raisons pratiques 5).

Fradin, B., Quéré, L., y Widmer, J, (dirs.), *L'enquête sur les catégories. De Durkheim à Sacks*, Editions de l'EHESS, Paris, 1994.

Goffman, Erving, *La mise en scène de la vie quotidienne*, Paris, Editions du Minuit, Coll., «Le sens commun». (Versión en español: *Presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires).

Goffman, Erving, *Stigmate, les usages sociaux du handicap*, Paris, Editions du Minuit, Coll., «Le sens commun». (Versión española: *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires).

Joseph, Isaac, «Erving Goffman et le problème des convictions» en Joseph, Isaac, Castel, Robert, Quéré, Louis, *et al.*, *Le parler frais d'Erving Goffman*, Editions du Minuit, Collections «arguments», 1989.

—, *La passant considérable*, Librairie des Méridiens, Paris, 1984.

Merleau-Ponty, Maurice, *Le visible et l'invisible*, Gallimard, Paris, 1964.

Ogien, Albert, "Le remède de Goffman ou comment se débarrasser

de la notion de self “ en *Séminaire Cesames, Le mental, le vivant, le social*, 20 enero de 2005.

Relieu, M., “Voir et se mouvoir en marchant dans la ville”, *Le courrier du CNRS*, núm. 82.

Schutz, Alfred, *Collected Papers 2. Studies in social theory*, La Haye, Martinus-Nijhoff, 1932 (Versión español: Schütz, Alfred, *El problema de la realidad social*, Amorrortu Editores, Buenos Aires. 1974).

Sennet, Richard, *Les tyrannies de l'intimité*, Paris, Editions du Seuil, 1979. (Traducción al español: *El declive del hombre público*, Península, Barcelona).

Stavo-Debauge, Joan, “L'indifférence du passant qui se meut, l'ancrage du résident qui s'émeut” in Cefaï, Daniel y Pasquier, Dominique, (dirs.), *Le sens du public: publics politiques, publics médiatiques*, PUF, Centre Universitaire de recherches administratives et politiques de Picardie, Paris, 2003.